

abogado acababa de marcharse por haber sido nombrado Comisario en provincias. La víspera por la noche había llegado hasta Ledru-Rollin, y estrechándole en nombre de las Escuelas, le había arrancado una plaza, una comisión. Por lo demás, decía el portero, debe escribir en la próxima semana para dar sus señas.

Después de lo cual Federico se fué á ver á la Mariscala. Recibióle ella con acritud porque le supo muy mal su abandono. Su rencor se desvaneció ante reiteradas seguridades de paz. Todo se hallaba ahora tranquilo, ningún motivo de temor; abrazábala él, y ella se declaró por la República, como ya lo había hecho monseñor el arzobispo de París, y como habían de hacerlo con una precipitación de celo maravillosa: la Magistratura, el Consejo de Estado, el Instituto, los Mariscales de Francia, Changarnier, de Jalloux, todos los bonapartistas, todos los legitimistas, y considerable número de orleanistas.

La caída de la Monarquía había sido tan pronta, que pasada la primera estupefacción, hubo entre la clase media como cierta admiración de vivir todavía. La sumaria ejecución de algunos ladrones, fusilados sin juicios, pareció una cosa muy justa. Repitióse durante un mes la frase de Lamartine sobre la bandera roja, «que solo había dado la vuelta al Campo de Marte, mientras que la bandera tricolor» etc., y

todos se agrupaban á su sombra, no queriendo ningún partido ver tres colores sino en la suya, y prometiéndose cada cual desde que se sintiera el más fuerte arrancar los otros dos.

Como los negocios se hallaban en suspenso, la inquietud y la bobería llevaron á todo el mundo fuera de su casa. La sencillez de los trajes atenuaba la deficiencia de los rangos sociales, el odio se ocultaba, las esperanzas se desenvolvían, la muchedumbre se sentía llena de dulzura. El orgullo de un derecho conquistado resplandecía en los rostros; notábase una alegría de Carnaval, maneras de vivac; nada era más divertido que el aspecto de París, los primeros días.

Federico cogía del brazo á la Mariscala, y se paseaban juntos por las calles. Ella se divertía con las rosetas que adornaban todos los ojales, los estandartes colgados de todas las ventanas, los anuncios de todos colores pegados á las paredes, y de cuándo en cuándo echaba alguna moneda para los heridos, en el tronco ó bolsa establecido sobre una silla en medio de la vía. Después se detenía ante las caricaturas que representaban á Luis Felipe en tendero, *salimbanco*, en perro, en sanguijuela. Pero los hombres de Caussidière, con su sable y su bandolera le asustaban un poco. Otras veces se trataba de un árbol de la Libertad plantado. Los señores

eclesiásticos concurrían á la ceremonia, bendiciendo á la República, escoltados por sirvientes de galón de oro, y la muchedumbre encontraba aquello muy bien. El espectáculo más frecuente era el de las diputaciones de no importa qué, que iban á reclamar algo al Municipio, porque cada oficio, cada industria, esperaba del Gobierno el fin radical de su miseria.

Algunos, es verdad, iban al Ayuntamiento para aconsejarle, ó felicitarle, ó sencillamente para visitarle y ver funcionar la máquina.

Hacia mediados del mes de Marzo, un día que atravesaba el puente de Arcole, teniendo que hacer un encargo para Rosanette en el barrio Latino, Federico vió adelantar una columna de individuos de sombreros raros y largas barbas. A la cabeza, y batiendo tambor, iba un negro, antiguo modelo de taller, y el hombre que llevaba la bandera en que flotaba al viento la inscripción: «Artistas pintores» era Pellerin.

Hizo señas á Federico de que le esperase, y volvió á los cinco minutos, porque tenía tiempo disponible, atendido á que el Gobierno recibía en aquel momento á los canteros. Él iba con sus colegas á reclamar la creación de un *Forum* del arte, una especie de Bolsa, donde se debatirían los intereses de la estética, y se producirían obras sublimes, puesto que los trabajadores pondrían en común su genio. Muy pronto París

se cubriría de monumentos gigantescos; él los adornaría; hasta había comenzado una figura de la República. Uno de sus camaradas vino á buscarle, porque les empujaba la diputación del comercio de las aves.

—¡Qué necedad!—gruñó una voz en la muchedumbre.—Siempre las mismas farsas; nada serio.

Era Regimbart, que no saludó á Federico, pero aprovechó la ocasión de desahogar su amargura.

El ciudadano empleaba sus días en vagabundear por las calles, retorciéndose el bigote, moviendo los ojos, aceptando y propagando noticias lúgubres, y sin tener más que dos frases:

«Mucho cuidado; van á arrollarnos,» ó esta otra: «Pardiez; escamotean la República.» Hallábase descontento de todo, y particularmente de que no hubiéramos recobrado nuestras fronteras naturales. El solo nombre de Lamartine le hacía encojerse de hombros. No creía á Ledru-Rollin «suficiente para el problema,» trataba á Dupont (de l'Eure) de viejo zorro; Albert, de idiota; á Luis Blanc, de utopista; á Blanqui, de hombre extremadamente peligroso; y cuando Federico le preguntó lo que hubiera sido preciso hacer, contestó apretándole el brazo hasta pulverizarlo:

—¡Tomar el Rhin, le digo á usted; tomar el Rhin, pardiez!

Y después acusó la reacción. Se desenmascaraba. El saco de los castillos de Neuille y de Suresne, el incendio de las Batiñolas, los disturbios de Lyon, todos los excesos, todas las quejas, se exajeraban entonces, agregando, además, la circular de Ledru-Rollin, el curso forzoso de los billetes de Banco, la renta bajando á 60 pesetas, y en fin como suprema iniquidad, como último golpe, como colmo de horror, el impuesto de los 45 céntimos! Y por encima de todo aquello, todavía había que contar el socialismo. Por más que aquellas teorías, tan nuevas como el juego de la oca, hubieran sido durante cuarenta años suficientemente debatidas para llenar las bibliotecas, asustaron á la clase media como una granizada de aerolitos; y se indignó, en virtud del odio que provoca el advenimiento de toda idea, porque es una idea, execración de que más tarde sobreviene su glorificación, y que hace que sus enemigos estén siempre debajo, por mediana que ella sea.

Entonces la Propiedad se elevó en su respeto al nivel de la Religión y se confundió con Dios. Los ataques que se la dirigían parecían sacrilegio, casi antropofagía. A pesar de la legislación, la más humana que jamás hubiera, reapareció el espectro del 93, y el tajo de la

guillotina vibró en todas las sílabas de la palabra República; lo que no impedía que se la despreciara por su debilidad. La Francia, sintiéndose sin amo, se puso á gritar de pavor, como ciego sin palo, como niño que ha perdido su niñera.

De todos los franceses, el que más temblaba era el Sr. Dambreuse. El nuevo estado de cosas amenazaba su fortuna, pero sobre todo se burlaba de su experiencia. ¡Un sistema tan bueno! ¡Un rey tan discreto! ¿Era aquello posible? ¡La tierra iba á hundirse! Desde el día siguiente, despidió tres criados, vendió sus caballos, se compró, para salir á la calle un sombrero flexible, hasta pensó en dejar crecer su barba; y permaneció en su casa postrado, repasando amargamente los diarios más hostiles á sus ideas, y se puso de tal modo sombrío, que las bromas sobre la pipa de Flocon no tenían fuerza bastante para hacerle sonreír.

Como apoyo del último reinado, temía las venganzas del pueblo contra sus propiedades de la Champagne, cuando recordó la lucubración de Federico. Entonces se imaginó que su joven amigo era un personaje influyente y que podría, si no servirle, á lo menos defenderle, de suerte que una mañana, el Sr. Dambreuse se presentó en su casa acompañado de Martinon.

Aquella visita no tenía más objeto, dijo,

que verle y hablar con él un poco. Después de todo, se alegraba de los acontecimientos, y adoptaba de todo corazón «nuestra sublime divisa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, siendo como había sido siempre republicano en el fondo.» Si votaba, bajo el antiguo régimen con el Ministerio, era sencillamente por acelerar una caída inevitable. Hasta se irritó contra Guizot, «que nos ha puesto en un bonito amasijo; conengamos en ello.» En cambio admiraba mucho á Lamartine, que se había mostrado «magnífico, palabra de honor, cuando á propósito de la bandera roja...

—Sí, ya sé—dijo Federico.

Después de lo cual declaró sus simpatías hacia los obreros.

Porque, en último término, más ó menos, todos somos obreros. Y llevaba la imparcialidad hasta reconocer que Prondhon tenía lógica. «¡Oh, mucha lógica, qué diablo!» Luego, en la independencia y soltura de una inteligencia superior, habló de la Exposición de pintura, donde había visto el cuadro de Pellerin; encontrándolo original, bien tocado.

Martinon apoyaba todas sus palabras por muestras de aprobación; también él pensaba que era preciso «aliarse francamente á la República» y habló de su padre labrador, se hacía el aldeano, el hombre del pueblo. Muy pronto lle-

garon á las elecciones de la Asamblea nacional, y á los candidatos del distrito de Fortelle. El de la oposición no tenía probabilidades.

—Debía usted ocupar su plaza—dijo el señor Dambreuse.

Federico se sonrió.

—¿Y por qué no? Porque obtendría los sufragios de los ultras, atendidas sus opiniones personales, el de los conservadores, por su familia. Y quizás también—añadió el banquero sonriendo—un poco, gracias á mi influencia.

Federico objetó que no sabría cómo arreglarlo. Nada más fácil, haciéndose recomendar á los patriotas del Aube por un Club de la capital. Se trataba de leer, no una profesión de fé como se veía diariamente, sino una exposición sería de principios.

—Llévemela usted; yo sé lo que conviene á la localidad. Y podrá usted, repito, prestar grandes servicios al país, á todos nosotros, á mí mismo.

En tiempos semejantes, debían auxiliarse mutuamente, y si Federico tenía necesidad de algo él ó sus amigos...

—¡Oh! mil gracias, querido amigo.

—A cuenta de revancha, bien entendido.

El banquero era decididamente un hombre excelente.

Federico no pudo dejar de reflexionar en su

consejo: y muy pronto una especie de vértigo le deslumbró.

Las grandes figuras de la Convención pasaron ante su vista. Parecióle que una aurora magnífica iba á descubrirse. Roma, Viena, Berlín, estaban en insurrección, los austriacos arrojados de Venecia: la Europa entera se agitaba. Aquella era la hora de precipitarse en el movimiento, de acelerarlo quizás; y después le seducía el traje que los diputados decían que llevarían. Ya se veía con el chaleco y faja tricolor; y aquel prurito, aquella alucinación se hizo tan fuerte, que se franqueó con Dussardier.

El entusiasmo del excelente muchacho no flaqueaba.

—Cierto, preséntese usted; seguramente.

Sin embargo, Federico consultó á Deslauriers. La oposición idiota que dificultaba al comisario en su provincia había aumentado su liberalismo. Le envió inmediatamente violentas exhortaciones.

No obstante, Federico tenía necesidad de ver aprobado su proyecto por un mayor número de gentes, y confió la cosa á Rosanette un día que la señorita Vatnaz estaba allí.

Era esta una de esas célibes parisienses que todas las noches, cuando han dado sus lecciones, ó procurado vender sus cuadritos, colocar modestos manuscritos, vuelven á su casa con el

barro en las enaguas, se hacen la comida, se la comen enteramente solas, y después con los pies sobre una estufilla y á la luz de una lámpara sucia, sueñan con el amor, con la familia, el hogar, la fortuna, con todo lo que les falta. También, como muchos otros, había saludado en la revolución el advenimiento de la venganza; y se entregaba á una propaganda socialista desenfrenada.

La emancipación del proletario, según la Vatnaz, no era posible sino por la emancipación de la mujer. Quería su admisibilidad á todos los empleos, la investigación de la paternidad, otro código, la abolición, ó al menos una reglamentación del matrimonio más inteligente. Entonces cada francesa se casaría con un francés ó adoptaría un anciano. Era preciso que las nodrizas y las parteras fueran funcionarios asalariados por el Estado; que hubiese un jurado para examinar las obras de las mujeres, editores especiales para las mujeres, una escuela politécnica para las mujeres, una guardia nacional para las mujeres; todo para las mujeres. Y puesto que el gobierno desconocía sus derechos, deberían vencer á la fuerza con la fuerza. Diez mil ciudadanas, con buenos fusiles, podían hacer temblar al ayuntamiento.

La candidatura de Federico le pareció favorable á sus ideas; y le animó, mostrándole la

gloria en el horizonte. Rosanette se alegró de tener un hombre que hablase en la Cámara.

—Y después te darán, quizás, un buen puesto.

Federico, hombre de todas las debilidades, fué conquistado por la demencia universal. Escribió un discurso y marchó á enseñárselo al señor Dambreuse.

Al ruido de la puerta que se cerraba, se levantó una cortina detrás de la ventana, y apareció una mujer. No tuvo tiempo para conocerla; pero en la antesala le detuvo un cuadro, el cuadro de Pellerin, colocado sobre una silla, provisionalmente, sin duda.

Aquello representaba la República, ó el progreso, ó la civilización, bajo la figura de Jesucristo conduciendo una locomotora que atravesaba una selva virgen. Federico después de un minuto de contemplación exclamó:

—¡Qué bajeza!

—¿No es verdad, eh?—dijo el Sr. Dambreuse, que sobrevino al pronunciar aquella frase, imaginándose que concernía no á la pintura, sino á la doctrina glorificada por el cuadro. Martinon llegó en el mismo momento. Pasaron al gabinete, y Federico sacó un papel de su bolsillo, cuando la señorita Cecilia, entrando repentinamente, articuló con aire de candidez:

—¿Está aquí mi tía?

—Ya sabes que no—replicó el banquero.—

Pero no importa haz como si estuvieras en tu cuarto, señorita.

—Gracias, me voy.

Apenas salió, Martinon parecía buscar su pañuelo.

Lo he olvidado en mi paletó, dispensen ustedes.

—Bien—dijo el Sr. Dambreuse.

Evidentemente no se engañaba en aquella maniobra y aun quizás la favorecía. ¿Por qué? Pero muy pronto volvió Martinon y Federico empezó su discurso. Desde la segunda página, que señalaba como una vergüenza la preponderancia de los intereses pecuniarios, el banquero torció el gesto. Luego, abordando las reformas, Federico pedía la libertad de comercio.

—¡Cómo!... Permítame usted.

El otro no oía y continuaba. Reclamaba el impuesto progresivo, una federación europea, y la instrucción del pueblo, estímulos amplos para las bellas artes.

—Aunque el país suministrara á hombres como Delacroix y Hugo, cien mil pesetas de renta, ¿qué mal habría en ello?

Y concluía con algunos consejos á las clases superiores.

—No economiceis nada, ¡oh, ricos! dad, dad.

Se detuvo y permaneció de pie. Sus dos oyentes sentados no hablaban; Martinon abría

mucho los ojos; el Sr. Dambreuse estaba muy pálido. Por fin, disimulando su emoción, con agria sonrisa dijo:

—Es perfecto el discurso de usted, y elogió la forma bastante por no tener que expresarse respecto del fondo

Aquella virulencia de parte de un joven inofensivo le asustaba, sobre todo como síntoma. Martinon trató de tranquilizarle. El partido conservador, de allí á poco, tomaría su revancha seguramente; en muchas villas habían echado á los comisarios del Gobierno provisional; las elecciones estaban fijadas para el 23 de Abril; había tiempo; en resumen, era preciso que el Sr. Dambreuse mismo se presentara en el Aube, y desde entonces Martinon no le abandonó ya, se convirtió en su secretario y le rodeó de filiales cuidados.

Federico llegó muy contento de su persona á casa de Rosanette. Allí estaba Delmar y le dijo que «definitivamente se presentaba candidato en las elecciones del Sena. En un manifiesto dirigido «al Pueblo», en que le tuteaba, el autor se vanagloriaba de comprenderlo «á él» y de haberse hecho, atendiendo á su bien, «crucificar por el Arte», de tal suerte que era su encarnación, su ideal; creía efectivamente tener sobre las masas una influencia enorme, hasta llegar á proponer más tarde en un despacho mi-

nisterial concluir él solo con una conmoción popular; y en cuanto á los medios que emplearía, contestó únicamente:

—No teman ustedes, les enseñaré mi cabeza.

Federico para mortificarle le notificó su propia candidatura. El cómico de la legua en el momento en que su futuro colega visitara la provincia, se declaró su servidor y ofreció zamparlo en los clubs.

Los visitaron todos, ó casi todos, los rojos y los azules, los furibundos y los tranquilos, los puritanos, los descamisados, los místicos y los calaveras, aquellos en que se decretaba la muerte de los reyes, aquellos en que se denunciaban los fraudes del Comercio; y por todas partes los locatarios maldecían á los propietarios, la blusa al frac, y los ricos conspiraban contra los pobres. Muchos querían indemnizaciones como antiguos mártires de la policía; otros imploraban dinero para poner en marcha inventos, ó se trataba de planes de falansterios, proyectos de bazares cantonales, sistemas de felicidad pública. Y luego, acá y allá, algún relámpago de ingenio en aquellas nubes de necedad, apóstrofes, súbitos como salpicaduras, el derecho formulado en un juramento, y flores de elocuencia en labios de un galopo, que llevaba el tahalí de un sable sobre su pecho desnudo y sin camisa. A veces también se veía á un caballero, aristócrata; humilde de

maneras, diciendo cosas plebeyas, y que no se había lavado las manos para aparentar que estaban callosas. Un patriota le reconocía, los más virtuosos le zamaneaban y se iba de allí con la rabia en el alma. Debíase, por afectación de buen sentido, denigrar siempre á los abogados, y lanzar con la mayor frecuencia posible estas locuciones: «apretar su piedra al edificio,—problema social,—taller.»

Delmar no perdía las ocasiones de tomar la palabra; y cuando no encontraba nada que decir, su recurso era ponerse el puño en la cadera, el otro brazo en el chaleco, y se volvía de perfil, bruscamente de modo que se viera bien su cabeza. Entonces estallaban aplausos, los de la señorita Vatnaz en el fondo de la sala.

Federico, á pesar de lo endeble de los oradores, no se atrevía á arriesgarse. Todas aquellas gentes le parecían demasiado incultas ó demasiado hostiles.

Pero Dussardier se puso á buscar, y le anunció que existía en la calle de San Jacobo, un club titulado el *Club de la Inteligencia*. Semejante nombre daba buenas esperanzas. Además llevaría amigos.

Y con efecto, llevó á los que había invitado á su ponche; el tenedor de libros, el corredor de vinos, el arquitecto; hasta fué Pellerin y quizás Hussonet; y en la acera, delante de la puerta, se

hallaba Regimbart con dos individuos, de los cuales el primero era su fiel Compain, hombre un poco rechoncho, señalado de virtuela, con los ojos encarnados; y el segundo una especie de mono negro, extremadamente cabelludo, y que solo conocía por ser «un patriota de Barcelona.»

Pasaron por un corredor, y después fueron introducidos en una gran pieza, de uso de carpintero sin duda, y cuyas paredes, nuevas aún, olían á yeso. Cuatro quinqués colgados paralelamente daban allí una luz desagradable. Sobre un estrado al fondo, había una mesa con una campanilla; más baja otra que servía de tribuna y otras dos á los lados más pequeñas para los secretarios. El auditorio que llenaba los bancos estaba compuesto de antiguos aprendices, peones, literatos inéditos. Entre aquellas hileras de paletos de cuellos grasientos, se veían de cuando en cuando ó la cofia de alguna mujer, ó el *bourgeun* de un obrero.

El fondo de la sala estaba hasta repleto de obreros, que habían ido allí sin duda por ociosidad, ó llevados por los oradores para hacerse aplaudir.

Federico tuvo cuidado de colocarse entre Dussardier y Regimbart, quien, apenas se sentó, puso sus dos manos sobre el bastón, su barba sobre las dos manos y cerró los párpados, mien-